CAPÍTULO VI

El darwinismo.—Causas de su rápida difusión.—Cautela que se debe tener al refutar las doctrinas transformistas.—El darwinismo llamado católico.—Cómo deben conciliarse la Religión y la Ciencia.—Estudio profundo que debe hacerse de una y otra.—El darwinismo en sí no se opone al dogma católico, pero sí se opone el evolucionismo materialista.—Conciliaciones forzadas.—Consecuencias graves.—La hipótesis y la tesis.—Palabras de Quatrefages.

Las últimas frases del capítulo anterior nos recuerdan la teoría del darwinismo «científico» y del impropiamente llamado «católico»; pero no es éste lugar á propósito para exponer nuestras ideas sobre el asunto con la extensión que requiere. No por eso hemos de pasarlo por alto, ya porque el darwinismo es uno de los capítulos más importantes de la Antropología general, ya porque quizá no se nos presente ocasión más oportuna para manifestar nuestro parecer libre é independiente de todo prejuicio científico.

En primer término, es forzoso confesar que la doctrina darwinista, desde su aparición, circuló por el mundo con la velocidad del rayo, electrizando una multitud de inteligencias cuyo número creció progresivamente, y forma hoy, á pesar de algún ilustre apóstata, un verdadero «reino humano-darwinista». La causa principal de difu-

sión tan rápida se debió indudablemente, como dice Quatrefages, á los enemigos de las Iglesias ortodoxas, materialistas y libre-pensadores, que pretendieron confiscar en provecho suyo la doctrina del autor inglés.

El terreno favorable al desarrollo de los gérmenes; los espíritus abiertos entonces como nunca á toda idea nueva y fascinadora; las almas desengañadas de sutilezas metafísicas que se evaporaron como un sueño; corazones atormentados por la duda que lograron infiltrarles el racionalismo filosófico y la crítica racionalista; voluntades ansiosas del paraíso brutal que prometían á sus adeptos el positivismo y el materialismo sin conciencia; todos estos elementos se aunaron para favorecer la difusión del sistema que vamos á estudiar, muy análoga á la que logró en sus primeros días la Reforma protestante. La tempestad que así conmovió el mundo científico fué levantada en Oxford (30 de Junio de 1860) por el obispo Vilberforce y el célebre naturalista Huxley, al hacer extensiva al hombre la teoría «de la descendencia», siendo el enlace que con la religión tienen las doctrinas de Darwin el motivo capital de que despertaran tantos irreflexivos entusiasmos é infundados temores.

Al serenarse los ánimos, poco tiempo después, hablóse y continúa hablándose de conciliaciones entre la fe y la ciencia, es decir, entre una tesis evidentemente demostrada por los que en idioma teológico se llaman «motivos de cre-

dibilidad», y una hipótesis más ó menos probable. En estos tiempos de tolerancia, todo se quiere armonizar. M. Longo ha tenido el valor y la franqueza, en 1894, de establecer relaciones de paz entre el espiritualismo y los sistemas contemporáneos más radicales, sin exceptuar el de Hæckel. Conciliaciones de esta clase fueron otra de las concausas de la popularidad del darwinismo. Wallace, el comensal de Darwin, atribuye en gran parte la extensión rápida, en Inglaterra, de tan célebre doctrina, al católico Mivart.

Toda cautela es poca en la refutación de las doctrinas transformistas; y el que tenga valor para llevarla á cabo enfrente del formidable ejército enemigo, debe deslindar bien los campos, aclarar los términos y demostrar la licitud de las armas con que combate. La Iglesia, dicen unos, no ha condenado el darwinismo, y hay «muchos» darvinistas católicos. La ciencia, exclaman desacordadamente otros, es independiente de la Religión; y la esfera de la actividad religiosa se halla perfectamente separada de los trabajos científicos. Dejemos, pues, á la ciencia que afirme cuanto le plazca, que en nada se ha de oponer á la revelación de Dios en el mundo.

Para contestar á los últimos, basta no olvidarse de que gran número de proposiciones pseudo-científicas, pero que entre gentes ilustradas tienen valor de verdaderas y como tales se las invoca, están en abierta oposición con las doctrinas filosóficas cristianas y con los dogmas

de la fe. Son de este género, en el evolucionismo (1) materialista, las concernientes á la transmisión del alma por herencia, con sus instintos, facultades intelectuales y morales; las que se refieren al origen simultáneo y común, corporal y espiritual del primer hombre y de la primera mujer; al Génesis, considerándole como una fábula; á la *caída* como un sueño; á la Redención de Jesús como una locura; á la Providencia como una mentira, y á la noción del Sér Supremo sustituído por la materia que se mueve eternamente regida por leyes ineluctables. La conciliación y concordia de estas incalificables afirmaciones con el dogma católico es una blasfemia absurda. Claro es que sólo por incidencia hablamos del evolucionismo materialista, y se nos pedirá que le descartemos de nuestro estudio, porque eso no es la ciencia. Pero advertiremos á nuestros interruptores que tal doctrina (que muestra con claridad cómo la llamada Ciencia y la Religión no son tan independientes como se cree) es abrazada hoy por muchos, por muchísimos é ilustres hombres científicos; y cuando se nos hable de conciliar el darwinismo con los dogmas de nues-

(1) Damos igual significación en este punto concreto á las palabras «evolucionismo», «transformismo» y «darwinismo». Pero, en general, no deben confundirse aquéllos con éste. Siendo la última teoría falsa, podían no serlo las primeras; los hechos pueden ser ciertos, é imaginarias las causas con que se pretende explicarlos. El transformismo se concibe aun resultando inútil la selección natural. En suma: conviene, para evitar las censuras de algunos escritores, fijar los límites de unas y otras doctrinas.

tra fe, como pretenden algunos católicos, podemos contestar con la misma razón con que se nos arguye: el darwinismo no es la ciencia ni conjunto de verdades científicamente demostradas; luego es vana ó inútil vuestra conciliación.

No somos de los que condenan el darwinismo sin oirle; pero tampoco de los que le aprueban sin estudiarle. Muy prudentemente dijo, ya hace algunos años, Duilhé de Saint-Projet, que «en nombre de la fe nada puede resolverse en pro ó en contra del transformismo; pues siendo la fe completamente neutral, nadie tiene derecho á mezclarla en una cuestión puramente científica. No hay una sola palabra en los libros sagrados que se oponga á la teoría de la evolución, y nada hay revelado acerca de la manera cómo se han producido y desarrollado los reinos vegetal y animal» (1). La Iglesia, además, no ha dicho absolutamente nada sobre el «blastema primordial», la generación espontánea, ni sobre los Protistas y el *Amphioxus lanceolatus*, ni siquiera acerca de la formación del cuerpo del primer hombre. Cada católico puede opinar en estos asuntos como cualquier materialista, salvando la realidad de la creación en el sentido filosófico-cristiano. Poco nos importa que los transformistas, de cualquier matiz que sean, hagan de la especie humana una familia de valor igual que la de los monos cisatlánticos. Ello en sí no perjudica nuestras creen-

(1) *Apologie scientifique de la Foi chrètienne*, pág. 229.—Bruxelles, 1889.

cias. Pero necesitamos exigir de semejante doctrina pruebas científicas, ya que tenemos la paciencia de escuchar sus afirmaciones categóricas. ¿Quién puede racionalmente negarnos este derecho?

Hablando en general, el darwinismo, ya considerándole como la hipótesis más poética de este mundo, ya como el esfuerzo más grande que se ha hecho para explicar el origen y desenvolvimiento de los seres vivos, ora como la doctrina que pone mejor de relieve la sabiduría del Creador, se puede defender y combatir; y para ello no se necesita título de escuela ni pasaporte de nacionalidad. Libre-pensadores como Carlos Robin, protestantes como Armando de Quatrefages, indiferentes como Emilio Blanchard, y católicos como el sulpiciano abate Lavand de Lestrade, lo han rechazado, En cambio, no les repugnó ó no les repugna (entiéndase bien la palabra) al oratoriano P. Valroger, á las jesuítas PP. Bellinck, Delsaux y Carbonelle, á los dominicos PP. Monsabré y Leroy, ni á otros católicos como Mivart, Fabre d'Envieu y Maissoneuve.

Decimos que no les «repugna», y lo decimos intencionalmente, porque á algunos de esos poquísimos católicos citados se les ha dado el nombre de darwinistas, como se puede dar á cualquier escritor complaciente ó amigo del darwinismo considerado como hipótesis. No lo son así los dos últimos y el dominico P. Leroy, que le defienden con un calor inusitado en este género de controversias, y llevan la destemplanza hasta

pretender convertirla en tesis ó poco menos; cuando, hoy por hoy, sólo son aceptables bastantes hechos de los que consigna, pero nunca la interpretación que se pretende darles y que la verdadera ciencia condena, porque no está «racional y experimentalmente probada». Por otra parte, el más ilustre de esos católicos (por tal se le tiene), Alberto Gaudry, es darwinista; pero su darwinismo ofrece muy escasos puntos de analogía con el que está en boga. La teoría del insigne paleontólogo no se apoya en «la semejanza y transformación por descendencia», sino en la adaptación. Al señalar las causas de la variabilidad específica de los seres vivos, no invoca la «herencia, la selección y la lucha», sino el medio en que viven, y lo que él llama *plasticidad* y *elasticidad* de las formas orgánicas (1). Para él, las leyes darwinistas son secundarias, y no agentes únicos; y confiesa claramente, en diversos lugares de sus obras, que la lucha por la vida no se vió jamás en el extensísimo teatro de los períodos geológicos. Si Alberto Gaudry, por tanto, admite la proposición fundamental del darwinismo relativa á la transformación de las especies, por lo que toca al origen y progresivo desarrollo de éstas, no es darwinista en el sentido estricto de la palabra.

Aventurada es la negación de un sistema ó de una hipótesis aceptados por una muchedumbre

(1) *Fossiles secundaires*, págs. 165-209 y 210. — París, Savy, 1890. Mejor debe llamarse transformista.

de personas sabias; y si aquélla procede de un apologista cristiano, y se trata de cuestiones religioso-científicas, puede traer (y no faltan algunos ejemplos) para la Iglesia consecuencias fatales, estampando en su frente el estigma del ridículo. Pero así como condenamos este proceder, resultante del fervor mezclado generalmente con la ignorancia, tampoco aprobamos las conciliaciones forzadas de las hipótesis científicas con la Religión; porque dan motivo á los libre-pensadores, como Carlos Richet, para asegurar que la Iglesia es «acomodaticia y flexible», y sigue *claudo pede* el progreso conquistado por «los sabios, los naturalistas y filósofos», procurando asimilárselo; de tal manera que, comprendiendo su derrota en una lucha desigual, modifica su doctrina con el propósito de ir con la ciencia en vez de ir contra ella (1). El mismo eminente fisiólogo materialista debió de tener muy presentes esas doctrinas católicas conciliadoras al exclamar «que los pasajes del Génesis acerca de Adán y Eva, el paraíso terrestre, la manzana y la serpiente astuta, pueden ser considerados, hasta por excelentes católicos, como leyendas venerables, más bien que como realidades históricas» (2). Parécenos que de la interpretación que se da en

(1) *Revue scientifique*, 12 Janvier, 1895.

(2) Ib., ib. Así como condenamos el procedimiento de algunos apologistas católicos que niegan, sin motivo racional, los descubrimientos científicos que *en apariencia* se oponen á la fe, así reprobamos igualmente los de ciertos defensores del dogma cristiano que, con ignorancia absoluta de

alguna de esas teorías al relato de Moisés sobre el origen del cuerpo del primer hombre, á las pretensiones de Carlos Richet, no hay más que un paso.

En términos generalísimos, tales conciliadores no suelen contentar á nadie: ni á la Iglesia ni al libre-pensamiento. Lo más prudente y racional en las controversias científico-religiosas, donde ha de esgrimir sus armas el apologista católico, es conocer profundamente y con claridad perfecta lo que la Iglesia afirma y enseña, en virtud de su divino magisterio, y lo que la ciencia ha experimentalmente probado. Entonces, la conciliación y armonía de las dos se hacen por sí mismas, sin ayuda de nadie, ó con ayuda muy débil: basta leer. Cuando falte alguna de esas condiciones, y suele faltar la última, la conciliación, si no es perjudicial, es inoportuna y estéril.

Dejemos que los nuevos inquisidores, como Hæckel, Clemencia Royer, Letourneau y Soury declamen de un modo intolerante y dogmático contra la intolerancia de nuestro *Credo*, contra la esclavitud intelectual y la rudeza de las supersticiones religiosas. ¿Qué importa? Los hombres sensatos no escucharán tales necedades,

---

las ciencias naturales, se enfurecen, no ya contra los primeros, sino contra apologistas más sensatos, enemigos de *concesiones* tontas, inútiles y ridículas. ¡Y aún creen aquéllos que van en buena compañía! No les enseña nada la condenación de uno de los libros de Jorge Mivart y de otro del Padre Leroy.

conociendo que son los que las dicen personas sumamente crédulas que, renegando del fanatismo religioso, creen en sueños y quimeras é inventan árboles genealógicos ideales en nombre de las ciencias positivas.

Respecto de los pocos católicos seducidos por las teorías poéticas del transformismo, hemos de responder, distinguiendo del darwinismo extremoso y audaz, el darwinismo en sí, aplicado á todas las formas orgánicas, que no deduce consecuencias religiosas, ni sociales, ni científicas. Y en esta clase de darwinismo (y aun á trueque de repetir lo anteriormente enunciado con el objeto capital de aclarar nuestras ideas) podemos considerar la hipótesis y la tesis. Ya manifestamos que, como hipótesis, cualquiera puede defenderle, y su conciliación con las doctrinas tradicionales no viene al caso. Como tesis, es indispensable probarla; y entonces la Iglesia católica, pese á las blasfemias de Carlos Richet y demás libre-pensadores, no cambiará ninguno de sus dogmas ni se hará «flexible», ni se violentará en nada por acomodarse á los descubrimientos científicos, sino que éstos se colocarán con aquéllos en perfecto paralelismo. Lugar común es que la verdad no puede estar en oposición con la verdad, ni la ciencia, es decir, lo que nos atrevemos á llamar la «revelación» de los misterios del mundo hecha por los hombres, con la revelación de esos misterios manifestada por la palabra eternamente infalible de Dios.

La Geología y la Paleontología, v. g., des-

entrañando la una de entre las capas terrestres los fósiles de los animales y vegetales que parecían dormir el sueño de los siglos, y analizando la otra la composición y estructura de los terrenos, han arrebatado en parte á la naturaleza el secreto misterioso de las edades, de tal manera que es ridículo negar hoy, aunque no haya cantidades matemáticamente determinadas, la aún inconmensurable duración de los períodos geológicos y su remota lejanía del período actual. Por lo que toca al hombre, la ciencia se aproxima cada vez más á su cuna y va contándonos sus pasos por la tierra. Como trataremos estas cuestiones separadamente, bástanos consignar ahora que, en presencia de esos descubrimientos científicos, toca al apologista hacer ver su concordancia con la vaga cronología bíblica del hombre y con la significación de los días genesíacos: días, no de veinticuatro horas, sino eras de tiempo indefinidas, como lo demostró ya San Agustín y repiten hoy los verdaderos sabios. Cada día se descubren hechos numerosos y se interpretan y explican racional ó irracionalmente: la falsa ciencia los utiliza á su capricho y antojo; y el apologista que no se entere de cómo *se fuerzan los hechos para hacerlos mentir*, se verá atolondrado en algunas ocasiones sin saber qué responder.

A orillar estas deficiencias han llegado felizmente los Congresos internacionales de católicos, donde todas las ramas de la ciencia moderna (Exégesis, Asiriología, Egiptología, Epigrafía,

Ciencia de las Religiones, Geología, Paleontología y Biología, Zoología y Antropología, Botánica y Medicina, Física y Química, Matemáticas y Astronomía...) tienen su digno representante cristiano, de fama justa y universal.

Ahora bien, y para no alargar demasiado esta especie de introducción, el transformismo ¿es sólo un conjunto de hechos experimentalmente probados que nadie discute, ó es quizá únicamente un sistema razonado que explica mejor que ningún otro el origen de las formas orgánicas y aun del cuerpo del hombre, abriendo horizontes nuevos y luminosos á la ciencia?

Establecida la cuestión así, no alcanzamos las razones por las que se concede tanto valor al transformismo y al darwinismo en virtud de los principios que establecen, ni de las leyes que formulan, ni de los métodos que proponen, ni de las consecuencias que deducen. Nuestro razonamiento se condensa en las siguientes hermosísimas palabras que el malogrado Quatrefages dirigió á sus discípulos del año 1890, tocando el punto del origen y de la transformación de las especies. «Vosotros—decía—habéis podido comprender que la palabra «transformismo» no es la expresión de una doctrina definida. Mientras que Lamarck, Darwin y Hæckel consideran la transformación como lentísima y gradual, Geoffroy Saint-Hilaire, Owen y Mirart sólo creen en transformaciones súbitas y completas. Al lado de Lamarck, que atribuye á las necesidades del animal la causa de la transformación, se encuentran

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Darwin ,d'Omalius y Buffon, que lo refieren, el primero á la selección natural y á la lucha por la existencia, y los dos últimos á la «acción del medio». Frente á Lamarck, que proclama la constante movilidad de las especies, están Bory de Saint-Vicent y M. Naudin, que declaran la estabilidad de las mismas. Junto á Darwin, que formula las leyes de la «divergencia y caracterización permanente», se ve á Carlos Vogt, que admite la «convergencia y el progreso de los tipos». Frente á Darwin, que afirma el progreso sucesivo de los animales, se hallan Huxley, que establece la permanencia de los tipos, y Carlos Vogt, que prueba la degradación ó degeneración de muchos. En lo que concierne al hombre, Darwin y Hæckel le dan por abuelo un catarrinio, con cola ó sin cola; Vogt y Huxley le asignan otro padre compuesto de dos, y que no era ni el uno ni el otro de éstos... El origen del primer vertebrado suscitó tempestades en Alemania. De los darwinistas, unos declararon por padre de aquél á los gusanos, y otros á los moluscos. Y todo por recurrir á lo desconocido. Ahora bien: ¿son éstas pruebas científicas? En Física, en Química, en Fisiología, ¿admitiríais vosotros cosas semejantes como pruebas? No. Pues yo tampoco puedo aceptarlas en Historia Natural.»

Huelgan los comentarios á las elocuentísimas palabras del gran antropólogo. De la diversidad de infundados pareceres y afirmaciones gratuitas deduce Quatrefages la falsedad del transformismo. La consecuencia, resumen y compendio

de sus obras filosóficas es lógica y contundente; porque, en las «ciencias experimentales», tanta diversidad de opiniones indica, de un modo notorio, que la doctrina á que se refieren no está probada; y en estos asuntos, lo que no se prueba no se puede imponer como indiscutible al asentimiento de la razón.